

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL PARECIDOS

*Lo que creyó islas era el Pez Jasconio
sobre el cual San Brandado
construyó una catedral.*

Paul Claudel

1 ¿Cómo era, digo, físicamente cómo era? Pregunta muy natural. ¿Cómo era el navegante don Cristóbal Colón, quien vislumbró en sus viajes ballenas sopladoras y el Paraíso Terrenal mismo? En la descripción de Fernández de Oviedo nos esperan sorpresas: “era Colón de buena estatura y aspecto, más alto que mediano y de rectos miembros; los ojos vivos y las otras partes del rostro de buena proporción; el cabello muy bermejo y la cara algo encendida y pecosa”.

Lo inesperado es que fuera sonrosado, pecoso, muy pelirrojo, que eso dice “cabello muy bermejo”. Pero, ¿esperaba otra cosa?, ¿qué?, ¿acaso el rostro de don Julio Villarreal en el film donde encarnó al esforzado marino con largos y lacios cabellos estilo Príncipe Valiente? No, la verdad es que no conjeturaba nada. ¿Pero si no anticipaba nada cómo me pude sorprender? Porque lo raro, en sentido de escaso, sorprende. No se necesita anticipar nada.

En la luminosa obra que Claudel escribió sobre el marino, *El libro de Cristóbal Colón*, figura esta acrobática acotación: una paloma (*colombe*, en francés,

casi Colón) emprende el vuelo desde el fondo de la sala, pasa rasante sobre las cabezas del público y se posa en el hombro de Cristóbal Colón en el escenario. Según dicen, con esta puntería se representaba la escena en su estreno.

2 “Fémina inquieta y andariega”, le reprocharon, y sí, era las dos cosas, pero impecablemente. La Inquisición, claro, la procesó por el *Libro de su vida*. Pero ¿cómo era?, ¿cómo era Santa Teresa?

Primero de lejos: “era de muy buena estatura, y en su mocedad, hermosa, y aun después de vieja, parecía hartó bien”.

De más cerca: “era su rostro no nada común, sino extraordinario, las cejas de color rubio oscuro, de poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas; los ojos negros vivos y redondos. Era gruesa más que flaca, y en todo bien proporcionada, de muy lindas manos, aunque pequeñas...”.

De más cerca, como la vio el padre Carranza a los 37 años de su edad: “Fueron a visitar el convento de la Encarnación que en aquel tiempo era de 180 monjas, las cuales por su mucha multitud y poca renta vivían en grande parsimonia y pobreza, y en él vivía entonces una religiosa llamada doña Teresa de Ahumada... Era mujer de buenas partes, por ser de linaje esclarecido y de buen ingenio y habilidad. Era entonces de pocos años, que según le parecen serían de 30, era mujer morena y de buena estatura, el rostro redondo

y muy alegre y regocijado y amiga de buenas y discretas conversaciones...” Qué hubiera dado por disfrutar una de aquellas buenas y discretas conversaciones con esa santa mujerona.

(Este último retrato figura en la gran biografía de Teresa de Efrén de la Madre de Dios, OCD, y O. Steggink, O. Carm., publicada por la BAC.)

3 “Tiembla el bosque con fru-frú de fina seda”, escribió Amado Nervo. A Othón el rústico prodigioso le pareció repulsivo comparar las cosas de la naturaleza con objetos creados por industria humana. ¿Por qué? Porque en la naturaleza, alega Othón, “todo es inmenso, majestuoso y único”. Esto puede leerse en *Los cauces poéticos de Manuel José Othón* de Luis Noyola Vázquez. —

— HUGO HIRIART

CARTA DE WASHINGTON ¡OH, OBAMA!

A las 11 de la mañana del 7 de junio de 2008 en el National Building Museum, un complejo cultural ubicado a pocas calles de la Casa Blanca, una mujer llamada Hillary Rodham Clinton dijo sin que la voz le temblara: “Les pido a todos que apoyen a Barack Obama como me han apoyado a mí. He estado con él cuatro años en el Senado, he compartido dieciséis meses

de campaña con él y lo he enfrentado en veintidós debates. Cuando empecé la carrera por la presidencia tenía unos objetivos, objetivos que sin duda puede cumplir Barack Obama y esa es la razón por la que hoy le doy todo mi apoyo.” Fue el final de una desesperada batalla de 156 días en la que una mujer se atrevió, por primera vez, a competir de manera descarnada por la presidencia de Estados Unidos.

En el mismo lugar donde en 1992 su marido había iniciado su paso por la Historia, Hillary Clinton se vio obligada a decir adiós al sueño de convertirse en el cuadragésimo cuarto presidente de los Estados Unidos de América. El fenómeno Obama la arrasó sin que apenas se diera cuenta.

El senador será ratificado candidato demócrata en agosto próximo y, si ningún hecho altera el pronóstico de los analistas, en enero de 2009 el hijo de una keniana y una antropóloga de Kansas, nacido en Hawái y criado en Indonesia, jurará como presidente, dando paso a una era absolutamente diferente en la historia de su país.

La singularidad de Barack Obama no sólo está en sus raíces sino en la sonora voz que ha levantado contra las distinciones raciales y que atrajo los reflectores en la Convención Nacional Demócrata de 2004 con un discurso que clamaba por la esperanza. “Esperanza frente a la dificultad. Esperanza frente a la incertidumbre. ¡La audacia de la esperanza! En definitiva, ese es el mayor regalo que Dios puede darnos, el cimiento de esta nación. Creer en aquello que no se ve. Creer que nos espera un futuro mejor. [...] No existe una América liberal y una conservadora, una negra y una blanca, una latina y una asiática, sólo los Estados Unidos de América.”

Así pues, lo importante de esta campaña no ha sido hasta ahora la designación de Obama, sino la oportunidad de analizar el fin de una era.

Obama ha sido catapultado básicamente por una parte del electorado que se caracteriza por tres elementos: tiene entre dieciocho y treinta años, ha conseguido romper los entramados racistas

de la historia estadounidense y ha sabido usar, representar y encarnar como nadie el significado de la aportación narrativa de los nuevos medios tecnológicos.

Del otro lado, Hillary Clinton, que arrancó su campaña buscando convertirse en la representante de la modernidad, hizo del término *experiencia* su bandera más notable en el camino hacia el fracaso.

Frente a los nuevos votantes, la palabra *experiencia* ha adquirido una nueva acepción: la mejor experiencia es no tener ninguna. Durante un buen tramo de la campaña, Clinton acusó a su contrincante de carecer de experiencia y, por lo tanto, de ser un peligro para el mundo. Ocurrió todo lo contrario.

Los jóvenes han hecho un corte de caja y aquellos con más experiencia, que dejaron al mundo en una grave situación económica, ecológica y de seguridad, deben de pagar los costos en las urnas. La falta de experiencia se ha convertido en elemento clave de una generación que no solamente se comunica vía inalámbrica, sino que está cierta de que es necesario cambiar, dejando la máxima responsabilidad nacional en unas manos quizá menos expertas pero más cercanas a sus sueños.

La gran pregunta que los estadounidenses deben hacerse no es si están preparados para que un afroamericano encabece su gobierno, o si el Partido Republicano debe conservar el control; la cuestión es: ¿Estados Unidos está preparado para sufrir una nueva decepción, más fracasos y nuevas crisis?

La recuperación del sentido

Primero fue el terrorismo y la inseguridad. Luego, cuando el miedo lo inundó todo, Estados Unidos se enfiló en las que presumía las rutas más peligrosas del mundo y atacó, a palos de ciego, a sus enemigos. Hoy es inevitable escuchar lamentos por los abusos cometidos desde Guantánamo hasta Iraq.

Estados Unidos ha tenido que llorar la pérdida de los valores esenciales, arrasados por la utópica defensa de su seguridad. No han pasado muchos años desde que sus jóvenes cargaron las armas para

invadir Afganistán; entonces todavía había esperanza y una lógica de acción-reacción capaz de dismantelar el aparato terrorista y que a la postre conseguiría atacar lo más profundo de sus entrañas. Hoy el discurso de la defensa y la seguridad ha perdido todo sentido.

Iraq fue el comienzo del fin, no sólo por su condición de mala aventura bélica sino por su nefasta consecuencia en el espíritu estadounidense. Se usó la buena fe de millones de ciudadanos para llevarlos por el camino de la heroicidad, y después quedó claro que no había armas de destrucción masiva que pudieran aniquilarlos, que su gobierno había construido un infierno dentro de una olla de presión, dando sentido a la lucha de los muyahidines que años atrás se había alentado en Afganistán.



Barack Obama, el encanto de la inexperiencia.

Estados Unidos no estaba preparado para el desgaste provocado por una batalla perdida desde su nacimiento, y que hizo perdedores a los miembros de la clase política tradicional. Después de malgastar su certeza moral, ahora es un país de perdedores. Finalmente ha caído en la peor pesadilla: la crisis económica. Mientras la economía no funcione, nada más funcionará... y viceversa.

Cómo y por qué llegamos a esta situación es el punto de partida para la ruta que marcarán las nuevas generaciones a sus líderes: no tenga usted experiencia para seguir destruyendo el mundo, ni para meterme en batallas que no sabe ganar o hacer crecer la moneda por encima de la economía. No queremos su experiencia para acabar con nuestros sueños.

La gran ventaja de Obama es que nada tiene que ver con esa clase dirigente; no es tampoco un líder formado en las luchas raciales que permitieron a los afroamericanos ser reconocidos políticamente.

Obama no vivió esa lucha ni gozó o padeció sus consecuencias—al menos hasta ahora—, no porque tuviera edad para evitarlo sino porque sus orígenes no estaban ligados a esas hostilidades. Barack tuvo una inusual formación que le permitió desarrollar una extrema sensibilidad para bordear siempre los máximos niveles de pliegro.

El corazón de la oscuridad

Cuando empezó su campaña, Obama no enarboló la raza como bandera ni ofreció clave alguna para resolver sus problemas ancestrales. Fue hasta que enfrentó duras críticas por las declaraciones explosivas de su líder religioso (entre las que sobresalió la frase “Dios maldiga América”) que tuvo ocasión de tejer su célebre discurso sobre la raza, en el cual se permitió hablar sobre lo que el hombre blanco piensa del afroamericano, algo que nadie se atreve a decir para no ser tachado como racista: “Tengo hermanos, hermanas, sobrinas, sobrinos, primos, tíos y tías de todas las razas y todos los colores, dispersos por tres continentes y mientras yo viva nunca olvidaré que en ningún otro país en la faz de la Tierra, mi historia habría sido posible.”

A partir de este emblemático discurso, Obama se convirtió en el hombre capaz de entender la naturaleza de la relación entre blancos y negros.

El conflictivo vínculo interracial es producto de una circunstancia de injusticia histórica, aunque también es justo reconocer que la comunidad afroamericana no tuvo la capacidad ni aprovechó las herramientas que el tiempo le brindó para conseguir la total equidad.

El senador sabe que la comunidad afroamericana constituye casi el trece por ciento de la población del país y que los latinos tienen, sobre todas las cosas, desconfianza hacia ellos. Los negros ya no son la principal minoría, ahora son

los hispanos. Esta es una oportunidad ejemplar para que los afroamericanos, a través de sus votos, consigan el poder.

También ha sabido poner en su radar a los blancos de clase media que, según uno de sus discursos, sumidos en la amargura y la frustración provocada por el desempleo y la crisis económica, se aferran a las armas y la religión. Esta declaración fue, sin duda, un gravísimo error político: al poner el dedo sobre una llaga que nadie quiere ver, Obama no perdía los votos que nunca tuvo, sino que ponía el foco sobre una generación que ha fracasado, y en Estados Unidos se puede ser todo menos un fracasado. Obama es hombre que rinde poco culto a la hipocresía y a la esclavitud de las palabras.

Barack Hussein Obama es un enigma. Tal vez sea ideal para sacar de la crisis a Estados Unidos o quizá signifique un peligro mucho peor para su país. Lo único seguro es que los votantes han decidido que lo más imprudente que se puede hacer ahora es ser prudentes y que hay que dar una oportunidad a los que, no teniendo experiencia, no participaron en la destrucción del mundo. Eso es lo que significa esta elección. —

— ANTONIO NAVALÓN
www.antonionavalon.com

TERROR Y LITERATURA

LA VENGANZA DE MARTIN AMIS

“E n los meses que siguieron al 11 de septiembre no leí mucha ficción”, explicaba el escritor inglés Ian McEwan en una entrevista tras la publicación de su novela *Sábado*. “Cualquier genocidio implica un enorme reto para un novelista. Mientras que con sólo un deceso el novelista puede tejer una trama, con tres mil muertos la proporción del sufrimiento rebasa lo que cabe en 350 páginas.” La respuesta de McEwan a esa suerte de encrucijada artística fue precisamente *Sábado*, un libro escrito para la era del terrorismo, donde el instante fatal se ha vuelto asunto cotidiano.



11/09/2001: ¿cómo narrar el terror?

McEwan no está solo. Para los novelistas estadounidenses, el derrumbe de las Torres Gemelas supuso también un acertijo. Es significativo que, después de siete años, los estantes de las librerías sólo puedan presumir algunos, contados, libros que abordan, desde la libertad de la ficción, lo ocurrido en 2001. Jonathan Safran Foer lo intentó con su *Extremely Loud and Incredibly Close*, invocación salingeriana en la que un huérfano trata de encontrar sentido a la ausencia del padre muerto en los atentados. En un tono menor, Philip Beard trató de capturar el naufragio de la sociedad estadounidense en *Dear Zoe*, donde la muerte accidental de una pequeña desata una serie de confrontaciones familiares. La huella del 11 de septiembre está también en los libros más recientes de John Updike (*Terrorista*), Don DeLillo (*El hombre del salto*) y, veladamente, Cormac McCarthy; de los tres, sólo *La carretera*, del tercero, se salva de la quema. En general, para los novelistas, el 11 de septiembre ha demostrado ser un auténtico galimatías, dejando a la mayoría en lo que el propio McEwan ha descrito como un “estado de incredulidad”.

Después de los atentados, otros escritores, más acostumbrados a descifrar la realidad que a recrearla, se dedicaron a tratar de explicar el destino del siglo. Periodistas como Lawrence Wright siguieron la concepción y el crecimiento de esa hidra que es Al Qaeda. Otros, más dados a la labor intelectual, prefirieron comprender qué movía los hilos del odio que llevó a Marwan Al Shehhi, Hani Hanjour y Mohamed Atta a inmolarse a quinientos kilómetros por hora. Paul Berman encabeza esta lista; su libro *Terror y libertad*, que desenterró

para la posteridad la obra del ideólogo islamista Sayyid Qutb, es aún el libro canónico sobre el origen de Bin Laden y Ayman Al Zawahiri.

En *The Second Plane / September 11: Terror and Boredom*, Martin Amis ha decidido no renunciar a ninguno de los dos ejercicios: en un libro quirúrgico, une al intelectual público con el narrador ácido. Gracias a esa mezcla de análisis y dolor puro y duro, Amis ha producido la primera gran exploración del 11 de septiembre desde el ojo occidental. El libro comienza con la reflexión que Amis publicara el 18 de septiembre de 2001 en *The Guardian*. Ahí, el ensayista se ve reducido a un espectador —lúcido, pero espectador al fin— de una catástrofe que escapa a su comprensión. Amis ancla su texto en la imagen definitiva de los ataques, el vuelo del United 175, la segunda aeronave de la mañana: “para aquellos en la torre sur, el segundo avión fue el final de todo; para nosotros, su brillo representó el primer atisbo del futuro cercano”. El Amis de ese primer ejercicio de disquisición literaria de la era del terrorismo es, como todos los que presenciaron ese partaguas por el cristal de la televisión, un hombre conmovido, asustado y rebasado: “sentí miedo de mi especie”, confiesa en la última línea.

Cinco años después, el temor de Amis se convirtió en desprecio y simple y llano coraje. En el ensayo furibundo que da título al libro, Amis va un paso más allá de Berman y transforma a Sayyid Qutb en la personificación misma del movimiento que inspiró: indignado, aburrido, resentido ante la modernidad, la sexualidad y, en muchos sentidos, la vida misma. Si para Samuel P. Huntington y Bernard Lewis el choque entre el islamismo y Occidente es un enfrentamiento de civilizaciones—o, al menos, de etapas civilizatorias—, para Amis se trata de un encuentro quizá irresoluble entre la apreciación racional de la vida y la devoción religiosa por la muerte. En *The Second Plane*, lo insondable y peligroso de los enemigos que aparecieron en el horizonte occidental el 11 de septiembre de 2001 no es la vehemencia con que pretenden defen-

der su ideología sino su desprecio por el ejercicio más elemental de la vida. Así como Sayyid Qutb decidió “barriarse” en su camarote ante el supuesto acoso de una mujer que pretendía “seducirlo” durante el viaje a Estados Unidos que definiría su radicalización, así los islamistas han optado por darle la espalda al mundo posterior (por decir lo menos) al Renacimiento. Es una idea provocadora, a la que no le han faltado detractores. En una reseña reciente de *The Second Plane*, Leon Wieseltier, editor de *The New Republic*, lamenta que el Amis ensayista recurra tanto a la víscera. Aun así, Wieseltier evita referirse al otro lado del libro, que incluye dos ejercicios de narrativa que, quizá, resultan más iluminadores que el trabajo intelectual que los antecede. Como polemista, su omisión es comprensible: si en la reflexión los arrebatos de Amis estorban, en la ficción sacuden.

En “The Last Days of Muhammad Atta”, uno de los dos cuentos del libro (el otro, “In the Palace of the End”, da cuenta de la tortura en el Iraq de Hussein), el lector encuentra al mejor Amis. En “The Last Days...” Amis imagina, con una precisión de espía, las últimas horas de Atta, el terrorista encargado de pilotear el primer avión de la catástrofe. Por su inteligencia, carácter cosmopolita y preparación académica, Atta es un personaje fascinante. En el relato, Atta se mueve, incómodo y asqueado, con una palidez sepulcral. El terrorista guarda resentimientos, desprecia a sus compañeros de misión y se encomienda a un brebaje que le han entregado para hacer más expedita su entrada al paraíso. En la imaginación de Amis, Atta regurgita y traga bilis; se molesta ante un vello que, testarudo, se retuerce en una pastilla de jabón; imagina una y otra vez la incisión que hará en la carótida de las azafatas. Y al final, en un párrafo perfecto, Amis le niega al terrorista la paz previa a la muerte; lo piensa, en cambio, gastando penosamente ese último segundo de dolor y, quizá, arrepentimiento, no ante la gloria sino ante la tristeza abrumadora que supone el final de la vida.

Y con eso Amis logra la mejor catarsis imaginable: de un plumazo, priva al primer hombre de la edad del terrorismo del final paradisíaco que, tras horas de rezos, injurias, entrenamientos, pócimas, lecturas y llamadas a su “jeque” en Afganistán, está convencido de merecer. Una venganza literaria que consigue, por un momento, librar al lector de la incredulidad que aún flota en el ambiente a siete años del derrumbe y la polvareda. —

— LEÓN KRAUZE

POLÍTICA Y LITERATURA

EL TALENTOSO MR. AMIS

Entrevista con Martin Amis

Durante toda su vida pública, durante toda su vida literaria, el nombre de Martin Amis ha sido sinónimo de polémica. Es difícil encontrar otro escritor cuya vida privada, desde el dinero gastado en cirugía dental hasta el descubrimiento tardío de una hija adolescente, haya ocupado tantas y tantas páginas de tabloides. Pero algo ha cambiado con Martin Amis. De un tiempo a esta parte, las polémicas que adornan su biografía se han alejado de la esfera privada para chocar de lleno con la esfera pública, con la política. De un tiempo a esta parte, Martin Amis ha dejado de ser el satirista brillante y enfant terrible de la literatura anglosajona para convertirse en un airado polemista social, cuyos libros y artículos en prensa pasan de inmediato a formar parte del debate público y son además escrutados con lupa por los distintos sectores de la intelligentsia británica.

Libros como *Experiencia* o *Koba el Temible*, la novela *La Casa de los Encuentros* o esa colección de artículos más dos relatos centrados en los atentados del 11 de septiembre que recientemente ha publicado bajo el título de *The Second Plane*, han convertido a Amis en un crítico furibundo del naïveté de cierta izquierda bienpensante a la bora de abordar temas como el terrorismo, la inmigración o el islam.

La siguiente conversación tuvo lugar en Barcelona, en el marco de la presentación de su última novela, pero rápidamente se enfló

hacia esos temas que tanto apasionan hoy al novelista. Esos temas y otro: envejecer.

Lleva hablando de La Casa de los Encuentros un par años, debe estar algo cansado ya.

Bueno, hacía ya un tiempo que no tenía que hablar de ella. Pero sí, es verdad, cuando uno acaba y publica un libro, tiene ya la mente puesta en el siguiente, y siempre es un trabajo extra volver atrás para hablar de un libro que uno ya no tiene en la cabeza.

¿Nunca relee su trabajo una vez publicado?
Solía hacerlo. Solía hacerlo bastante, en realidad. Pasaba tardes o noches enteras leyéndome a mí mismo mientras me fumaba un porro y bebía vino. Durante años esa fue la mejor forma de pasar la tarde.

¿Se reía leyendo sus propios libros?
Sí, por supuesto. Me partía de risa con muchos de ellos. No lo hago hace mucho tiempo, creo que pasa porque cuando uno cumple cierta edad no quiere perder tiempo contemplando el pasado. Por el contrario, uno intenta aprovechar todo lo posible el presente, mientras ve cómo el futuro se va acortando. Cuando uno llega a los cincuenta descubre que existe esta cosa enorme que no es más que su propio pasado. Nunca estuvo ahí antes, o estuvo, pero no le prestábamos mucha atención. De pronto descubrimos que el tamaño de nuestro pasado casi dobla el tamaño de nuestro futuro, es una experiencia tremenda, aunque también agradable.

¿Produce temor?
Sí, claro. Pero si se piensa bien, de pronto uno descubre que es dueño de este gran palacio, que puede visitar cada vez que le apetece. Es curioso descubrir también que lo más importante de ese pasado, las mejores habitaciones de ese palacio, al menos en mi caso, no son las dedicadas a mi vida literaria, sino todo lo relacionado con mi vida amorosa. Cuando uno se pone a recordar, y echa revista a su pasado amoroso, eso termina siendo lo más importante. Es inevitable

hacerse muchas preguntas al respecto: ¿Qué ocurrió con esa u otra relación? ¿Qué hice bien, qué hice mal? Esas son, a mi entender, las preguntas más importantes sobre nuestro propio pasado. Creo que eso, y los hijos, se convierte en lo más importante que uno tiene cuando supera esa barrera de los cincuenta.

Esta última novela, situada en un gulag, es, probablemente, la menos divertida de todas las que ha escrito.

Sí, es verdad. Aunque creo que aun así es divertida, de alguna manera. Cruelmente divertida, quizá. La situación, la idea de una casa de citas en un campo de concentración es horriblemente hilarante en esa extraña manera rusa. Pero sí, tienes razón, no es graciosa a la manera que podían serlo otras de mis novelas.

¿Se ha acabado el Martín Amis gracioso?
No, creo que la siguiente [*The Pregnant Widow*, novela autobiográfica centrada en el feminismo y los años de la revolución sexual], en la que me encuentro trabajando ahora, será bastante divertida. El humor, como yo lo entiendo y como he intentado trasladarlo a mis libros, no es demasiado popular hoy en día. Ocurre que el humor es, por definición, cruel. Cuando uno hace una broma está ridiculizando y humillando al objeto de esa broma. Y eso, hoy en día, no está bien visto, se entiende que uno no puede burlarse de ciertas cosas, no puede ridiculizar al otro, que cuando uno hace bromas está insultando la cultura o ideología del objeto de esas bromas. En Inglaterra, por ejemplo, es imposible hacer chistes, se ha vuelto peligroso mofarse de lo que sea. Es parte de esta ideología absurda que es el multiculturalismo. En el fondo creo que todos sabemos que el multiculturalismo es un fraude, es una estafa, nadie cree realmente en él, sencillamente todo el mundo pretende hacerlo. ¿Cómo puede alguien creer en algo así? Pongamos el caso del islam y el trato que da a las mujeres: ¿alguien cree que tenemos que respetar la idea de que una niña de nueve años debe comprometerse con un hombre mayor porque sus padres así lo dicen? ¿Alguien cree que la poligamia,



Martin Amis como polemista.

la ablación, la *burka*, la prohibición de conducir o viajar son defendibles?

El problema con el multiculturalismo es quizá que nadie sabe realmente lo que es, no hay reglas claras.

La regla es que cualquier comportamiento, sin importar cuán bárbaro resulte, por el sencillo hecho de formar parte de una tradición, es correcto, porque así es, así es como se hace en esa cultura en particular, y eso lo legitima. Y claro, partiendo de ahí, resulta que ninguna cultura es superior a otra. El tema no pasa por si es superior o inferior; la cuestión es que hay culturas, si se las quiere llamar así, más evolucionadas que otras. Incluso aquellos que no quieren verlo terminarán por verlo. Hace poco tuve una tremenda discusión con Terry Eagleton a este respecto, llegó a llamarme racista. Lo que ocurre es que no entienden que una cosa es una sociedad multirracial y otra una sociedad "multicultural"; son dos cosas completamente distintas. Uno puede ser un apasionado defensor de una sociedad multirracial, pero no del multiculturalismo. No es una cuestión de raza, se trata de una cuestión ideológica.

¿Cree entonces que los únicos límites sobre cómo debemos comportarnos en una sociedad pasan, más allá de la cuestión cultural, por la ley?
Ahora mismo tenemos un problema en este sentido en Inglaterra, porque el arzobispo de Canterbury ha dicho recientemente que es inevitable que la ley británica recoja la *sharia*. De inmediato, la mayoría de la gente ha dicho que no, que la ley debe ser igual para todos, lo cual es una redundancia por-

que ese es uno de los principios de la ley, su universalidad. La ley lo es todo, es el pilar de nuestra sociedad, no somos nada sin las leyes. ¿A qué se refiere el arzobispo? ¿Qué normas de la *sharia* debería recoger la ley británica? ¿Las correspondientes al trato a las mujeres, el patriarcado? Por supuesto que no, y nadie en su sano juicio abogaría por algo así; por eso el multiculturalismo es un fraude, una ilusión, porque a pesar de que a nadie se le ocurriría defender esas normas, cuando se habla de esa generalidad que llamamos multiculturalismo todos se llenan la boca defendiendo la igualdad entre culturas y el respeto por las costumbres de los pueblos.

¿Es el trato a las mujeres, la cuestión femenina, el tema clave en relación con el islam?

Por supuesto. Es el asunto primordial. Todo se reduce a eso. Suena muy grosero, pero el islam no ha tenido evolución política en más de un siglo. Y entonces, hoy, ese patriarcado se ve amenazado; basta ver la televisión, echar un vistazo en internet, ver las vallas publicitarias... De alguna manera, esa supuesta pureza, ese apego a las tradiciones —unas tradiciones machistas y retrógradas— es su último bastión de dignidad, y día a día se están enfrentado a su pérdida gracias a la globalización. Todo lo que forma parte de nuestra modernidad, de nuestro día a día, les resulta ofensivo, les disgusta, y es evidente, no hay nada puro en nuestra sociedad. Por suerte.

Hay cierto tipo de intelectual de izquierda que condena el uso de la violencia pero dice algo así como “Oh, yo no quiero que maten a nadie, pero no se puede ir por ahí provocando”.

Así es. Salman, a pesar del enorme apoyo que recibió de mucha gente distinta en el Reino Unido, finalmente tuvo que irse del país por el acoso y hostilidad de distintos sectores de la izquierda, a mi entender profundamente racistas. Hubo gente que llegó a decir que Salman era un problema porque costaba dinero al Estado, su seguridad nos costaba dinero, dinero público. Y claro, cuando un inglés está hablando de dinero del Estado, dinero de los impuestos, está

diciendo que no quiere que le toquen su bolsillo. Menos aún para proteger a este indio que se pasea por ahí con novias tan guapas. Salman tuvo que irse. Y lo mismo le aconsejó él a Ayaan Hirsi Ali; le dijo que debía irse de Holanda, que no podía condenarse a sí misma a vivir con escoltas el resto de su vida, y para ello, claro, debía irse de ese país.

¿Se ha puesto a pensar por qué todo el mundo parece estar escribiendo novelas políticas nuevamente?

Tienes razón, no lo sé, no me he detenido a pensarlo lo suficiente. Por una parte creo que la novela ha sido siempre política, de alguna manera todas las novelas son políticas. Pero por otra parte es cierto que las novelas actualmente tocan temas políticos, hablan de política de una manera que habían obviado en tiempos recientes. Supongo que lo ocurrido el 11-S tiene mucho que ver; desde entonces todo el mundo parece más interesado en la política, en el terrorismo; estos son los temas que la gente tiene presentes, y los novelistas, de alguna manera, debemos enfrentarnos a esa realidad. También es cierto, como a Salman siempre le gusta decir, que no hay forma de esconderse de la política; incluso en tiempos pacíficos, siempre está ahí. No siempre lo he visto de esta forma, yo era de los que decía que no le interesaba la política cuando era joven.

Tenía a su amigo Christopher Hitchens para ocuparse de esos temas.

Exacto. Yo le decía a Christopher: “Te equivocas de revolución, es la revolución sexual la que debería interesarte.” Pero a Christopher no le interesaba en absoluto, él siempre fue un animal político. Christopher estaba imbuido en la revolución socialista y yo le decía: “No es la revolución correcta, estás equivocado.” Para serte franco, muchos éramos así en ese entonces. Está escrito en *Koba el Temible*: en la redacción del *New Statesman* muchos sólo podíamos pensar en el arte, en nuestro arte; teníamos interminables y estériles discusiones estéticas.

¿Y ahora es Hitchens quien le restringe en la cara que usted estaba equivocado?

Bueno, yo lo pasé mejor en esos años, me divertí más. Pero sí, quizá él tenía algo de razón. Conforme pasan los años, me he interesado y me intereso más en la política. Es inevitable. —

— DIEGO SALAZAR

IN MEMORIAM EUGENIO MONTEJO (1938-2008)

LA su querida Valencia fue a buscar Eugenio Montejo la última Terredad, lejos del oleaje pavoroso de los rascacielos y cerca de mar que atraviesa su obra elegante y risueña. No era Eugenio un hombre triste del instante: su hora era otra, acaso esa edad profunda llamada por él Terredad, aunque eso no le impedía estar en el momento preciso para extender la mano y ofrecer al amigo un vaso con agua fresca.

Eugenio Montejo traía entre labios una canción antigua, un canto mayor que se disimulaba entre las líneas de su verso.

Destilando al recibir y polinizando al dar, Eugenio Montejo era un domador natural, un maestro amaestrador capaz de educar la hierba indócil y el animal silvestre.

Polinizador, fecundaba cuanto rozaba su aliento y sabía individualizar, dar rostro y nombre a cada rayo de sol, a cada hora. No maravilla que haya creado una prole de heterónimos, y no sólo por gusto o juego sino por una imperiosa necesidad, un respeto amoroso, en el sentido más fuerte de la palabra, hacia la *otredad del otro*.

Habría que inventar para saludar su des-nacimiento una canción de cuna capaz de levantar al muerto, como en los ritos otomíes mexicanos, para llevarlo a ese despertar infalible.

Él sabía tanto de estas cosas que traer a cuento el libro de los muertos del Antiguo Egipto o del remoto



Eugenio Montejo.

Tíbet no sería de ayuda para él sino más bien para nosotros que nos quedamos aquí como mutilados. Pues el maestro de la desnudez y la limpieza que fue Eugenio Montejo nos lleva y llevaba la delantera.

II
Eugenio Montejo, hermano mayor y maestro en el arte de ordenar las palabras y la vida, poeta grande y escritor mayor, acaba de dejarnos.

Vivía la poesía y la escritura con una urgencia íntima y la creación de heterónimos no era en él casual. Hace unos días le envié una página electrónica (www.spacetelescope.org) donde vienen fotografías extraordinarias de galaxias y estrellas. Pensé en enviárselas pues la obra de Eugenio se abre a una conciencia, diría yo, casi física, de la pluralidad de los mundos y de los universos. Desde esa conciencia hay que preguntarse por la forma impecable y amorosa en que fue ordenando y organizando su obra. En los últimos años tuve la inmensa fortuna de ser su amigo leyente, su cómplice en la conjura del escribir y del leer bien; mi deuda con él no se puede cifrar en palabras sino en música y silencios inteligentes, en *acinesia*.

Pensando en su maestro Blas Coll y en la escuela de los calígrafos quisiera arriesgar a su memoria un epitafio: “Ahora menos.”

III
Al partir Eugenio Montejo nos deja como huérfanos del maestro y hermano mayor que sabía deletrear el “alfabeto del mundo” y descifrar las cantidades de la luz imantadas por el lenguaje de la tierra.

Su pérdida la viviremos muchos como una suerte de mutilación. Por fortuna, nos enseñó a través de su obra la gracia y la levedad de vivir y escuchar las músicas disonantes del ser. Su uso pulcro y límpido del castellano, su atención inteligente, nos recordarán siempre que estamos ante un gran señor de la lengua y de la cultura. No le faltarán reconocimientos, pero quizá el mayor sea el de ese susurro amoroso que enlaza la condición adorable de su persona—de su buena persona—con la fuerza de una obra escrita valiente, desafiadamente a contrapelo del mundo y su siglo, al que sabía decir adiós.

Geometría de las horas es el título que lleva la primera antología de su obra, que tuve la fortuna de preparar en su compañía. Aprendí con Eugenio Montejo muchas lecciones pero sobresale una: la de la necesidad de celebrar con rigurosa alegría las fiestas. Y la muerte es, en cierto modo, una fiesta, un fúnebre fasto. ¿Cómo aprender de nuevo el arte sagrado del balbuceo que sólo se da a orillas del abismo que, con su ausencia, se vuelve a abrir ante nosotros? —

— ADOLFO CASTAÑÓN

GEOGRAFÍAS LAS ISLAS COCO

A Pablo Lapuente, cartógrafo de la nada

La obsesión en torno a las Islas Coco llegó a mí como por contagio, en mitad de una temporada de ocio en un Madrid cultural y climáticamente árido. Cierta amigo se refería de vez en cuando a las mentadas islas, la mayoría de las veces sin venir muy al caso, supongo que por el simple gusto de tener en la boca un topónimo tan original. El nombre dejaba traslucir un carácter pintoresco y quisimos suponer simpáticos salvajes con idiomas basados en chiflidos.

Pero las Islas Coco fueron adquiriendo mayor presencia en nuestras vidas, y le asignamos a aquel lugar—aún imaginario—todos los valores de exotismo que el Café Manuela era capaz de despertar en nosotros. Ahora que lo pienso, creo que nos refugiábamos en los hipotéticos rituales que acontecían por aquellas costas para obviar las también absurdas costumbres que el local madrileño presentaba: en torno nuestro, una juventud de estentóreos vozarrones se exaltaba con algún juego de mesa que exigía de ellos pegarse en la frente una carta—en mi desprecio, quiero creer que con saliva—y hacer innumerables pantomimas mientras vaciaban tarros y tarros de cerveza. Para colmo, las exposiciones añadían al ambiente un toque de desquiciante dadaísmo involuntario, enmarcando a los jugadores de baraja en una orgía de colores chillones que, en el mejor de los casos, representaba a antiguas cantantes de flamenco en clave *pop art*.

Imaginamos entonces un archipiélago perdido entre Asia y Oceanía, compuesto por islotes someramente adornados por una palmera (el nombre de las islas lo pedía) y por un perro flaquísimo, que en nuestro postrero retiro (ya viejos, fundaríamos allí nuestro imperio de ocio y decadencia) sería el amigo molestatamente fiel que nos seguiría por la playa mientras aventáramos latas vacías de Coca-Cola a los inalcanzables aeroplanos.

Internet es un invento peligroso cuando se tiene tiempo libre y una obsesión ultraspecífica. No contentos con nuestras especulaciones en torno a las Islas Coco, decidimos buscarlas en Google y establecer contacto con sus habitantes. Después de naufragar (son pocos los que realmente *navegan* en internet) durante algunas horas, encontramos una serie de datos que suplieron a las trilladas imágenes que nos habíamos fabricado.

Las Islas Coco, cuyo nombre oficial es Cocos Keeling Islands, pertenecen políticamente a Australia, y su población (629 habitantes) se divide en una mayoría de australianos y una minoría de malayos, geográficamente separados en cada una de las dos islas principales. La única forma de llegar es en hidroavión desde las Islas Christmas (desde donde, por cierto, emite la única estación de radio que captan los aparatos de las Islas Coco). El punto medio del rocío está en torno a los 12° C. Hay un pequeño hotel en la isla de habitantes australianos, a la que acuden muchos de los malayos, en barcas, para trabajar (sabe Dios en qué) durante el día. En ese mismo islote (que es el de mayor tamaño) hay un habitante que, según reportes, habla, además del inglés generalizado, portugués y francés; a él debe acudir si se desea cualquier tipo de información turística. Si no recuerdo mal, es en la otra isla, la de los malayos, donde se puede encontrar una computadora de acceso público con conexión a internet.

Yendo quizá demasiado lejos en nuestras pesquisas, contactamos con un catalán que al parecer había pasado unos cuantos días en las Islas Coco, la tercera o cuarta vez que dio la vuelta al mundo. Le escribimos un *e-mail* deseosos de conocer sus impresiones, bajo el pretexto de querer fundar en aquel emplazamiento, dentro de unos cuantos años, un museo sede de una nueva pero trasnochada vanguardia artística. El catalán, menos comprensivo de lo que cabría suponer dado su vasto plexo de experiencias y viajes, apenas nos dio algunas de las direcciones prácticas que consigné en el párrafo anterior, junto con una fotografía de una boda malaya celebrada allí y otra, absolutamente

convencional, que podría ser un anuncio de cualquier hotel en el Caribe.

Finalmente conseguimos una dirección postal de las islas y nos apresuramos, todavía en el cenit de nuestra arbitraria fascinación, a enviar dos o tres cartas por semana, muchas de las cuales, sin presentar texto alguno, consistían en objetos tan variados como una esponja de mar o una estampita de virgen. Esperábamos una respuesta entusiasta, de alguna mujer exuberante y solitaria que, comprendiendo plenamente las razones de nuestros incesantes envíos, estableciera con nosotros una correspondencia a base de objetos, mandándonos, a cambio de mi cepillo de dientes usado, algún botón arrancado a su vestido favorito. Pero supongo (ahora que ya no me ciega la intensidad de una obsesión geográfica) que esperar semejante respuesta era tan gratuito como todo lo que me pasó respecto a aquella región soleada y absolutamente desconocida de la Tierra. Más allá de un ocio voraz y un verano desmesuradamente caluroso, no había nada que justificara el repentino interés que mi amigo y yo sentimos por las Islas Coco.

Al cabo de un par de meses, cuando ya era más extraño que las islas aparecieran en nuestra conversación, y cuando ya los amigos, preocupados al principio, habían dejado de preguntarnos por el avance de nuestras investigaciones, recibí la primera de las cartas enviadas, con un sello en el que se especificaba la causa de la devolución: la dirección postal estaba incompleta. Lejos de desilusionarme, el retorno de mi carta reavivó la obsesión: ahora tenía una serie de objetos, testigos mudos de los mecanismos postales de la mitad del globo, que ¡habían estado en las Islas Coco!

Se instauró el envío de paquetes como un medio personalísimo de consagración de utensilios. Sucesivamente conocieron el aire de las islas varias de mis más preciadas pertenencias, que volvían a casa después de sesenta días, con el halo casi místico de lo que ha tocado el paraíso. Mi pluma Parker no volvió a escribir con la misma fluidez, pero en el fondo era preferible que se atorara la tinta sabiendo que escribía

con un objeto curtido en el aire y el salitre de aquel ignoto archipiélago.

Un buen día los paquetes y las cartas ya no regresaron. Nunca supe si la mujer exuberante y solitaria había terminado por aceptar nuestras ofrendas con resignación o si había muerto el único cartero, aquel recomendado políglota que conocía mejor que nadie las intimidades y los vicios de los 629 habitantes de las Islas Coco. —

— DANIEL SALDAÑA PARÍS

POLÍTICA

EL INNOMBRABLE Y LOS INDEFENDIBLES

A diferencia de algunas voces erráticas, yo no mandaré al ex presidente Carlos Salinas al diván del psicoanalista para despaçar *La década perdida*, su más reciente y desastroso libro. Si acaso, le recordaría, antes incluso de que empezara a redactar uno más de sus voluminosos opúsculos (recuérdense las más de mil 300 páginas de su entrega anterior, *México: un paso difícil a la modernidad*), la terrible conclusión a la que llegó Scott McClellan, ex secretario de prensa de George W. Bush, en una inédita confesión que lleva por largo y espinoso título *What Happened Inside the Bush White House and Washington's Culture of Deception*: el presidente que cree que la guerra en Iraq ha sido todo un éxito no está loco ni ha terminado engañándose a sí mismo por engañar a los otros. Al igual que a Salinas, le ocurre algo peor: es víctima de su propio *spin*.

En otras palabras, el asunto no es poner en tela de juicio la validez de algunos de los argumentos y hechos con los que el ex presidente defiende su gestión. Está comprobado que el TLCAN revolucionó el sector exportador y estimuló el tipo de crecimiento económico que el viejo modelo cerrado y proteccionista ya no permitía; y ni qué decir de la reducción de la inflación y del abatimiento del déficit público y la carga de la deuda externa. Ahí están los datos y la masa

cuantificable de cambios ocurridos en México entre 1989 y 1994. No, el problema con Salinas está en pretender que él no tuvo nada que ver con las “décadas perdidas” anteriores y posteriores a su mandato; en negar su pertenencia a la larga tradición neotomista de las instituciones políticas mexicanas y su filiación al árbol genealógico que las habita; en obviar el principal escollo de su “relato” e insistir en el carácter excepcional de su gobierno, auténtico sexenio de las luces entre la edad media del populismo y el mercantilismo recalcitrante del neoliberalismo; en encajarle al lector sus divagaciones teorico-políticas en torno a los males del “individualismo posesivo” y por lo tanto en negarse a sí mismo como todo un reformista borbónico que empujó, entre otros, el cambio en el PRI a través del llamado Movimiento Territorial, con el cual se buscaba pasar del dominio de los cacicazgos y los sectores corporativos a un partido de ciudadanos individuales; en usar el mismo guión y los mismos personajes (el pueblo organizado *versus* el individuo, los populistas frente a los neoliberales) para referirse al principal instrumento de su política social; en sugerir que el narcopoder y la narcopolítica son cosa de antier y que en sus buenos tiempos de presidente, los hermanos Arellano, “el Güero” Palma, “el Chapo” Guzmán, Juan García Ábrego y Amado Carrillo, “el Señor de los Cielos”, jamás campearon a sus anchas en Tijuana, Culiacán, Guadalajara y Ciudad Juárez.

Vaya que se complica leer sin asomo de estupefacción un libro que afirma en una página que la “década perdida significó la paralización, entre 1995 y 2006, del proceso modernizador de México”, mientras que en la siguiente *des*-dice lo mismo: “fue así como durante esa década se frenó el proceso reformador del país a favor de la modernización”. ¿En qué quedamos, pues, licenciado? A la manera de quien desesperado e impaciente se brinca la mitad del libro para llegar hasta el final, ¿quería usted modernizar al país sin pasar por su obligada modernización? ¿Me creería si le digo que leí completo su libro sin pasar de las páginas 12 y 13?

Pero, a la luz de todo esto, el más grande y trágico problema de Salinas deriva no tanto de su extravío en múltiples vericuetos históricos y hasta epistemológicos como, sobre todo, en su incapacidad para decir la verdad sin pasar por el engaño. Con la publicación de *La década perdida*, Salinas pierde una oportunidad histórica: elude ver su imagen reflejada en el espejo de Próspero y opta por reiterar las vaguedades de su proyecto personal, el drama familiar y los entresijos de la intriga judicial en torno al hermano Raúl; peor aún, deja pasar la ocasión para darles la razón tanto a sus exégetas como a sus críticos —sobre todo a estos últimos. El político en retiro y eterno aspirante a estadista se perdió en su propio *spin*. Le hubiera bastado seguir puntualmente el más reciente y equilibrado libreto de un joven investigador de la Universidad de York, Rob Aitken, cuyo nombre, para mala fortuna del ex presidente y de su libro, no aparece en la bibliografía: “Para bien o para mal, Salinas debe ser reconocido como el padre del actual sistema económico y político de México.”

Por supuesto que dicha omisión, que bien valía un epígrafe, no le resta méritos al trabajo de Salinas. Imaginémoslo laborando silencioso y concentrado, como él mismo describe la escena, en los “amplios salones de lectura” de la British Library. De inmediato vienen a la mente la evocación de Karl Marx hecha por uno de sus primeros biógrafos, Isaiah Berlin, o la de otros distinguidos miembros de la pléyade de exiliados políticos en Londres que de manera vívida retrata Ian Buruma en *Anglomania*. Censurado por el populismo autoritario y asediado por el neoliberalismo fratricida que lo expulsó del país, Salinas se sumerge en los archivos a la búsqueda de explicaciones que echen luz definitiva sobre nuestro pasado reciente. En Londres llueve y en México relampaguea, pero él, impertérrito, revisa documentos, analiza y selecciona hechos y datos. Sobre todo selecciona —y omite nombres, lo cual en su método de trabajo es tan sólo otra forma de seleccionar. Así funciona la razón absorta y recon-

centrada en el estudio de los males que agobian a la patria. Así, por ejemplo, en relación con el papel que habría de jugar López Obrador después de las elecciones de 2006, Salinas impugna las afirmaciones hechas por “el secretario particular del primer Presidente neoliberal”, y para ello recurre a la cita textual de un “comentarista” desheredado al que ya no reconoce como su otrora fiel portavoz. Así, por ejemplo, acusados de máxima traición ya no aparecen los antiguos compañeros de fórmula con quienes el ex presidente cimentó el edificio de la modernidad mexicana (José Ángel Gurría, Jaime Serra Puche, Herminio Blanco, Arturo Warman, Luis Téllez, *et al.*) pero que luego sucumbieron ante las tentaciones del innombrable enemigo neoliberal al buscar posiciones ajenas a los principios rectores de la lucha por la modernidad. Apenas el malogrado Luis Donaldo Colosio sale incólume (página 244, aunque el índice onomástico consigna la página equivocada) en la aportación salinista a la batalla por las ideas; solamente pueden ser obsequiados con la gracia y autoridad de un nombre quienes son capaces de reconocer las corrientes profundas del pasado que corren paralelas al devenir del presente. Diríase casi que, en la tradición de Bakunin, Herzen y Ogarev estudiada por E.H. Carr, Salinas es un exiliado romántico: mientras los demás, es decir, el Peje, Fox y Zedillo, son agentes del populismo latinoamericano o meros neoliberales del Consenso de Washington, en las buenas y en las malas él mantiene los postulados profundos de las gestas de 1910.

No es fácil vivir lejos. Por eso, insisto, hagamos un esfuerzo, entendámoslo mejor: el hombre no está loco ni demente, no merece diván ni camisa de fuerza. Pasa que Carlos Salinas, al igual que el reflexivo Trotsky retratado por Edmund Wilson en *Hacia la estación de Finlandia*, se identifica a sí mismo con la historia, en este caso con el devenir de la nación mexicana y sus luchas históricas. Quizá sea, mientras no ocurra algo peor, el último nacionalista revolucionario. —

— BRUNO HERNÁNDEZ PICHÉ